

do, / y esta epidemia nos mata! // Y en medio de la plegaria / la noticia funeraria / va corriendo / y desde el niño de escuela / hasta el galante Orihuela, / van diciendo: // Si estas nuevas no son bolas / de la gente, no bajan de cien las damas / españolas / que están escribiendo dramas / actualmente. // Mas si está de enhorabuena / nuestra escena, / los varones / en vez de trajes de gala / debemos vestir crespones / que estamos de enhoramala. // ¡Señor! Por tus cinco llagas, / reprende a ese sexo impío, / pues si da en hacer comedias / ¿quién, Dios mío, / nos remendará las bragas / y las medias? // Mas, ¡oh tendencia dañina, la tendencia femenina! / ¡Un placer / es el que halla en rebelarse, / en replicar y obstinarse, / en el mal toda mujer! // Llegó a los Andes la nueva, y las buenas hijas de Eva, / al oír / tan alarmante noticia, / con refinada malicia, / se pusieron a reír. // Y al saber que los varones / gasas de duelo y crespones / vestirán; / y que a Dios piden reprimenda, / castigue, si no hay enmienda, / a las biznietas de Adán, // piden papel y tintero, / y llaman al cancionero / alfaquí; / y por mostrar cuanto le odian, / sus mismos versos parodian / bien o mal, diciendo así: / Si estas nuevas no son bolas / de la gente, si pasan de cien las damas / españolas / que están escribiendo dramas / actualmente, // cuando está de enhorabuena / nuestra escena, / despechados los varones, / en vez de trajes de gala, / ¿quisieran vestir crespones / y enviarnos a enhoramala?... // ¡Señor! Por tus cinco llagas / da por esposa al impío / que nos vede hacer comedias, / una que sólo, Dios mío, / le sepa zurcir sus bragas / y sus medias! // Una que viva a su lado, / sin hablar de otros asuntos, / que de ese asunto elevado, / portentoso; / de esa ciencia de los puntos / de las medias de su esposo. // Una que odie las comedias, / como a diabluras de magas, / que hacen poner en olvido / el encanto de las medias / y las bragas / de su di-

choso marido. // Una que nunca le diga / ni en verso ni en linda prosa / las palabras que prodiga, / con angélica dulzura, / una esposa / al dueño de su ternura. // Una lindísima prenda, / sin alma ni entendimiento, / un jumento / que conozca su sendero, / y los goces no comprenda / de la pluma y el tintero. // Da, Señor, a los varones, / que deploran la manía / de las damas, / en vez de negros crespones, / esposas de cafrería / que no hagan versos ni dramas. / Mas, al que acepte contento / los versos de las mujeres, / da una linda compañera, / que prefiera / al brillo de su talento / la gloria de sus deberes.

¿Y no tienen una voz las mujeres?

MIRIAM COTES BENÍTEZ

Situaciones donde la palabra sea necesaria

Antología poética

Eduardo Gómez Patarroyo

Los Libros de la Frontera, Barcelona, 2000, 127 págs.

La poesía colombiana es bastante desconocida en España, a excepción de unos pocos poetas que, en medio de la guerra que está sufriendo el pueblo colombiano, han conseguido cierto reconocimiento, pero no deja de ser minoritario, en un país donde se dice que hay tantos poetas que no resulta extraño encontrarlos haciendo toda clase de oficios. Una de las anécdotas que contaba Rafael Alberti es la de su primer viaje a Colombia, cuando llegó invitado por la Universidad del Atlántico para una lectura de su poesía, y en el aeropuerto se encontró una multitud de jóvenes que lo esperaba con una pancarta que decía: "Poeta Rafael

Alberti, los 400 poetas de la Costa Atlántica lo saludan".

Recientemente, quizá a partir del reconocimiento literario que le da Europa a la obra de Álvaro Mutis, las editoriales españolas se interesan por la poesía colombiana y en poco menos de un año ha sido publicada la de algunos de ellos. Uno de estos poetas es Eduardo Gómez, que comienza a publicar al final de los años sesenta, cuando aparece su primer libro, *Restauración de la palabra* (1969). Ya entonces su poesía se distingue por un lirismo riguroso que evita la emoción inmediata, e incita a la reflexión en el contexto de cada verso; desde entonces su vida, como su poesía, ha asumido un compromiso frente a la difícil situación que vive el país, y que en el poema que da título al libro lo afirma:



Es hora de glorificar a otros hombres y otros hechos. / Es hora de buscar situaciones / en donde la palabra sea necesaria / y de convivir con aquellos / para quienes la palabra es liberación. / Solamente la palabra que ponga en peligro el poder de los tiranos y los dioses / es digna de ser pronunciada o escrita.

Injustamente, la poesía colombiana se ha visto marginada por modas literarias o grupos de carácter institucional que han conseguido cubrir ese aparente vacío poético, pero que en realidad forma parte de una política cultural en donde la censura, el capricho, o los celos literarios, han impedido que la poesía con algún contenido social se conozca y difunda en Colombia y otros países. En 1975 aparece *El continente de los muertos*, libro en el cual Eduardo Gómez logra una poesía reflexiva de un depurado lenguaje en donde la ironía y la metáfora continúan adentrándose en los conflictos urbanos de nuestra sociedad. La aparición de este libro incita a autores como el poeta español José Manuel Caballero Bonald a comentar: "El engranaje de patetismo e ironía, el admirable injerto de la ética en la estética, la muy inteligente dosificación meditativa de la experiencia, la misma instrumentación lingüística, son otros tantos factores que sitúan su poesía entre las más dinámicas de la actual vanguardia latinoamericana".

sin negar influencias consiguen recrear su mundo poético; digno heredero de autores como Baudelaire, Brecht, Rimbaud, Nietzsche, Freud, Marx, Rubén Darío, César Vallejo, Pablo Neruda... Persistente en sus obsesiones en torno a la noche, la muerte, la violencia, la solidaridad, la urbe, la lucha social, desde una atmósfera luctuosa y sarcástica, pero bajo una visión humanística, que lo lleva a escribir la *Historia baladesca de un poeta* (1989), una reflexión profunda del sentir urbano que se inicia con los años del colegio y llega a la irremediable soledad: "De brazo con la muerte recorrió la ciudad nocturna"; es la catarsis del poeta que sigue ubicándose: "y otra vez se refugió en la angustia cósmica / y encontró alivio en esa desmesurada grandeza".

Decir que Eduardo Gómez es un poeta urbano sería una manera de ubicarnos en su poesía, pero tal vez no corresponde con la obra poética en su totalidad, aunque sí a su último libro publicado, *Las claves secretas* (1998), donde hallamos el tono

nutran de una tierra más fértil / y circule otra vez mi sangre por su savia / que su follaje concierte a los alados flautistas / y sea centinela, vivo epitafio y antena".

La publicación en España de la *Antología poética* de Eduardo Gómez reúne lo mejor de su poesía, y es una visión amplia de una de las voces más dinámicas de la vanguardia latinoamericana, como bien lo reconoció en su momento Caballero Bonald. Sin embargo, la obra de este poeta es mucho más amplia: en 1987 se publica en Colombia *Ensayos de crítica interpretativa*, un libro en el que reúne estudios realizados sobre autores como Thomas Mann, Marcel Proust, Franz Kafka, partiendo de los cursos de literatura europea que dicta en la Universidad de los Andes. Otro de sus libros de ensayos es *Reflexiones y esbozos* (1991), una recopilación de artículos publicados en el diario El Tiempo, en los que habla de teatro, poesía y crítica en Colombia. De momento, bienvenida sea aquí y en España esta *Antología poética*.

MANUEL GIRALDO-MAGÍL



Rigor y lucidez persisten en la obra poética de Eduardo Gómez, lo que se sigue apreciando en su libro *Movimientos sinfónicos* (1980), sin dejarse tentar por el relativo éxito y los usos retóricos de la moda, en un país sin una tradición cultural sólida, y azotado por la corrupción, el caos y una violencia sin fin. Tal vez la difícil situación colombiana vuelve al poeta un *Viajero innumerable* (1985), un libro en el que la madurez literaria de Eduardo Gómez alcanza un lenguaje y una identidad propios de los grandes poetas, que

reflexivo y sereno, el tema de la muerte y la añoranza de lo infinito, la infancia y la presencia caótica de la urbe, la reflexión sobre la soledad del poeta como actitud ética, para superar la tentación del facilismo y la mediocridad de la sociedad contemporánea, en la búsqueda de su propio camino para liberarse de todo aquello que lo juzgue, así provenga de los dioses o del poder político de los hombres; lo cierto es que como cualquier mortal aspira a "que un árbol haya al menos sobre mi tumba campestre / que sus raíces se

La poesía y la felicidad

Poesía para niños:

antología de poesía escrita en español

Natalia Pikouch (compiladora)

Editorial Universidad de Antioquia, Medellín, 2000, 404 págs.

Tal como lo menciona Jorge H. Cadavid en su reseña sobre los libros de poesía colombiana de Rogelio Echavarría¹, una antología puede definirse como "el ejercicio de relectura sensible e inteligente que afina o renueva la sensibilidad poética de un público", y en este caso específico, el libro de Natalia Pikouch logra ampliamente ese cometido.

Pero, ¿qué la hace diferente y complementaria a otras obras de